



Gabriel Orozco absorto **Fotografía** Marco Barrera Bassols

Ese montón de espejos rotos¹

Marco Barrera Bassols*

*Somos nuestra memoria,
somos ese quimérico museo de formas inconstantes,
ese montón de espejos rotos.*

JORGE LUIS BORGES, "Cambridge"
(en *Elogio de la sombra*, 1969)

A más una década del inicio de la era de la digitalización, el crecimiento de los medios electrónicos se ha desbordado. En un diálogo a dos pistas, trataré de encontrar posibles respuestas a las siguientes preguntas: ¿qué hacen hoy los museos de diversos tamaños y misiones para crear mejores ciudadanos y para que entre éstos se promueva o fomente la curiosidad, el respeto, el espíritu de investigación, el pensamiento crítico y la relación entre los públicos con la autenticidad de la experiencia, en este tiempo en que la vida cotidiana la puede menoscabar o desvirtuar?

Las dos pistas, o los dos pedazos de espejo que he escogido, son los siguientes: una selección de participaciones en el foro de discusión virtual "¿Para qué sirven los museos?", organizado por el Consejo Internacional de Museos (ICOM: International Council of Museums), y un extracto de mis notas sobre la recolección de objetos en Isla Arena, Guerrero Negro, Baja California, las ballenas grises y el tsunami de Fukushima.

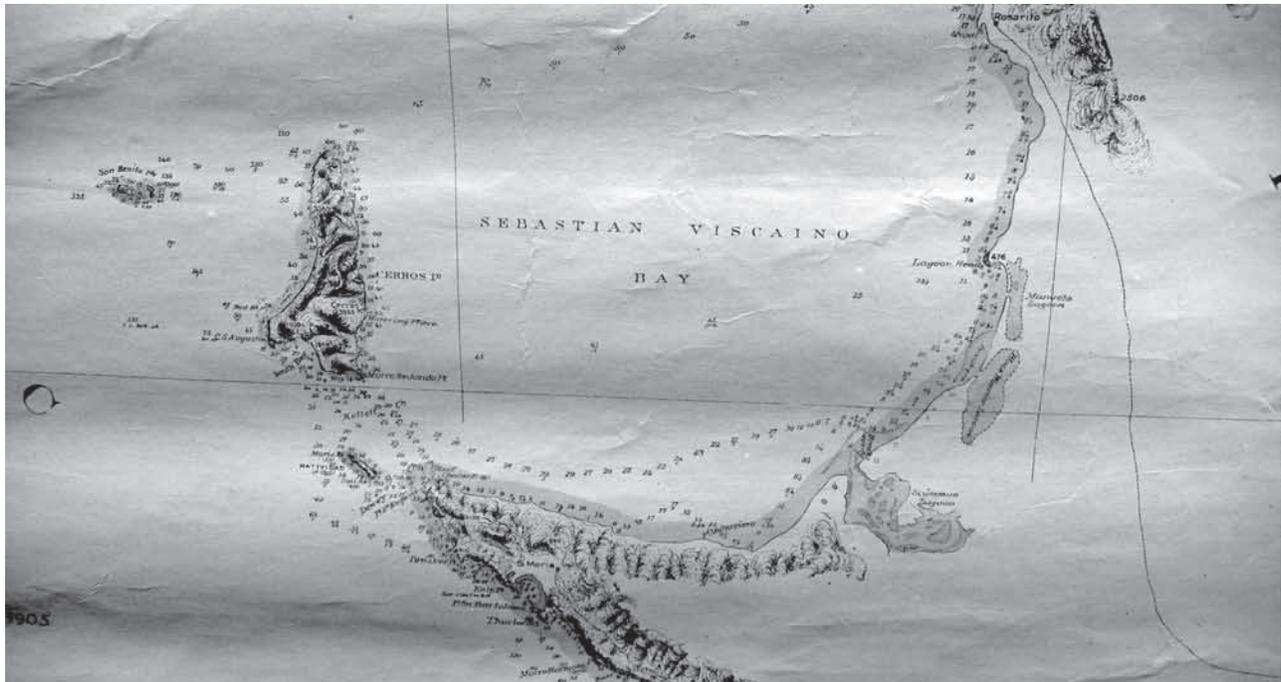
EL PRIMER PEDAZO DE ESPEJO

Doy voz y transcribo los comentarios seleccionados en el foro del ICOM. El 7 de marzo Hanz Kindgren anotó:

Para mí los museos son lugares de aprendizaje, inspiración y reflexión donde la sociedad actual puede verse a sí misma a la luz de la historia. Dirigimos la luz a los problemas y a las oportunidades del presente y les damos una dimensión histórica. Los museos son importantes porque otorgan otra dimensión que ayuda a los ciudadanos a navegar en un presente caótico y quizá también a darle curso a su futuro. Los museos pueden brindar alternativas y ser arenas donde los ciudadanos aprendan y debatan.

Ese mismo día Andy Hirst plasmó el siguiente pensamiento:

El rol tradicional de los museos de ciencias y humanidades ha cambiado. Más allá de no dejar de poner el acento en la preservación, estudio y presentación de sus colecciones, los museos están



Bahía de Vizcaino, 1905 **Fotografía** Marco Barrera Bassols

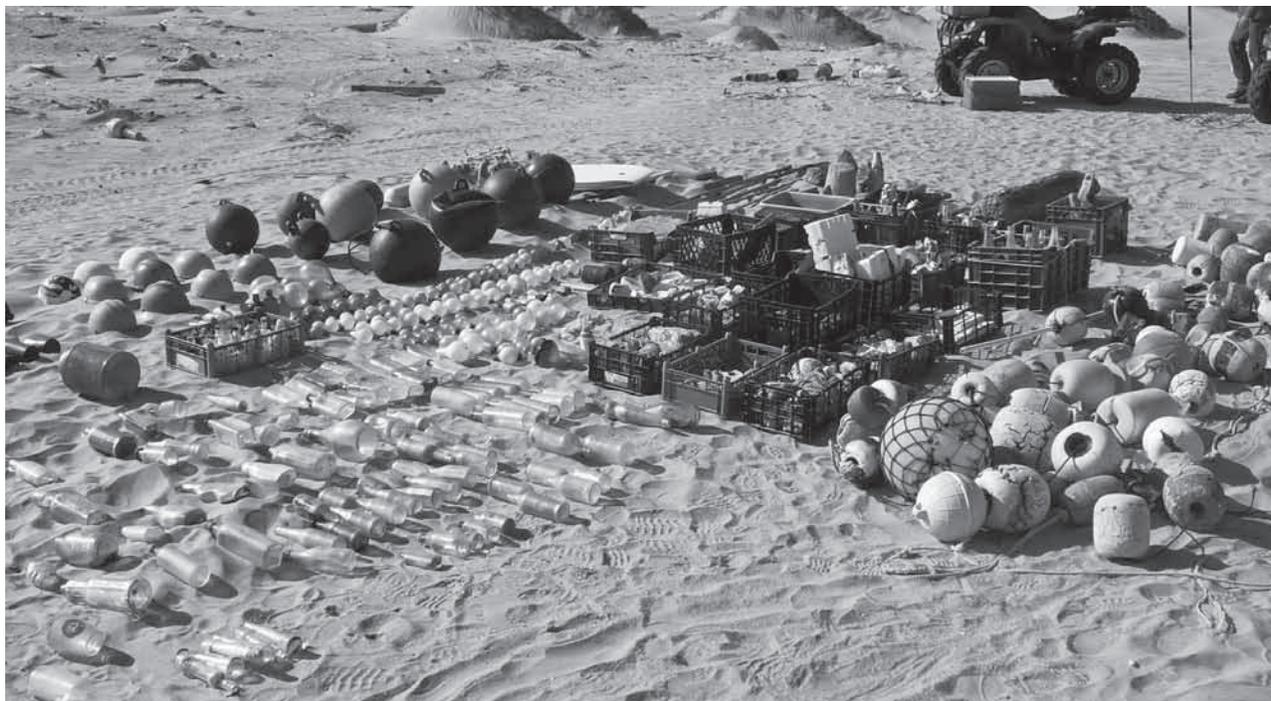
llamados ahora a tomar en sus manos nuevas funciones como la inclusión social, el aprendizaje permanente y el reconocimiento de las identidades de grupo. ¿El museo ha tomado estas responsabilidades sobrecargado y confundido acerca de su papel? ¿Pueden y deben los museos asumir ese rol y buscar que la gente se sienta mejor y afirme su identidad? ¿Los visitantes y las colecciones están peligro? El derecho de los museos de retener e interpretar los objetos no occidentales también ha sido cuestionado. [Claro, se trata de alguien que vive seguramente en Londres, pero esa misma óptica la puede tener un curador del Museo Nacional de Antropología de un país como el nuestro.] Algunos abogan por la repatriación de dicho tipo de objetos y de la participación de los indígenas en la interpretación de los objetos y en el diseño de las exposiciones. ¿Quién ostenta la cultura? ¿Corre peligro el entendimiento en sí, si sólo un grupo seleccionado habla en nombre de la cultura? [Y de los demás, agregaría yo.] ¿Cuál es el rol del curador y quién deberá decidir qué se coleccionará en el futuro?

Por su parte, María de Lourdes Horta escribió el 12 de marzo:

Quando se les preguntó, como parte de un taller, en una escuela del Amazonas, a los maestros tikuna de Brasil para qué sirven los museos, una de las respuestas fue: “Los museos son lugares para colorear nuestras mentes”. Yo encuentro esto como la más poética de las revoluciones. Los indios brasileños tienen un marco de referencia muy diferente para pensar conceptos tales como “historia”, “tiempo”, “presente”, “pasado”, “futuro”... que los hace únicos en su manera de entender la realidad, pues todos éstos

están unidos en un mismo concepto... Ellos tienen sus propios museos —el Museo Tikuna Magüta—, en los que con gran colorido muestran sus mitos representados en dibujos y pinturas a través del bosque, los árboles, los pájaros y animales, de forma tal que el universo mítico manifestado se puede ver en la exposición. Quizá nuestros museos “civilizados” tendrían mucho que aprender de ellos.

Hasta aquí las citas. Después de leer más de 20 comentarios como los anteriores, ya no debería llamarnos la atención el hecho de que las preguntas, temas o cuestiones como las que este número de la GACETA DE MUSEOS aborda, discute y comparte sean básicamente las mismas en todos los foros reales y virtuales, como el del ICOM. Lo que sí podría motivarnos a reflexionar es la multiplicidad de miradas, patentes en las respuestas que entre todos podemos dar y encontrar a esas preguntas. Quienes trabajamos en, para y por los museos podemos incidir en la definición de políticas públicas para que los museos actúen a fondo, unidos en redes, compartiendo recursos para que los profesionales puedan dar pasos más allá de su sola agrupación profesional, para salir del marasmo y tejer socialmente no sólo con los ciudadanos, sino con la gente y las comunidades, tal y como las redes sociales a veces logran hacer. Los retos sin duda son grandes, pero a menos que el catastrofismo se adueñe de nosotros, tenemos juntos mucha más experiencia acumulada como para no encontrar una solución a los mismos. *Es en la diversidad, entonces, donde encontramos la riqueza.*



Más de 1 200 objetos recolectados **Fotografía** Marco Barrera Bassols

EL SEGUNDO PEDAZO DE ESPEJO

Hace seis años, a mediados de febrero, Gabriel Orozco y yo nos trasladamos a Isla Arena, Guerrero Negro, entre Baja California y Baja California Sur, en el paralelo 28, el cual cruza nuestro país. El propósito era seleccionar el esqueleto de una ballena gris para que éste fuera recogido, tratado, trasladado, preparado, intervenido, reestructurado y colgado para convertirse en la primera obra pública de Gabriel y que ahora yace flotando en la Biblioteca Vasconcelos, en la ciudad de México. Durante tres días fuimos trasladados en lancha a Isla Arena, un maravilloso banco de 25 kilómetros de arena ubicado entre el Pacífico y la laguna Ojo de Liebre, donde las ballenas van a parir cada año, enseñan a sus crías a nadar y donde también algunas varan y mueren. Allí, equipados de cuatrimotos, además de encontrar las osamentas de ocho ballenas –de las que al final seleccionamos una–, vimos otros objetos de muy diversa procedencia que nos llamaron tangencialmente la atención: botellas, frascos, maderas y hasta troncos de árboles enormes –de seguro secuoyas– que fueron arrastrados por la corriente marítima, antiguamente conocida como la “torna vuelta”, la misma que empleaban las naos que formaron parte de la mal llamada Nao de China, pues en realidad viajaba entre Nueva España y Filipinas.

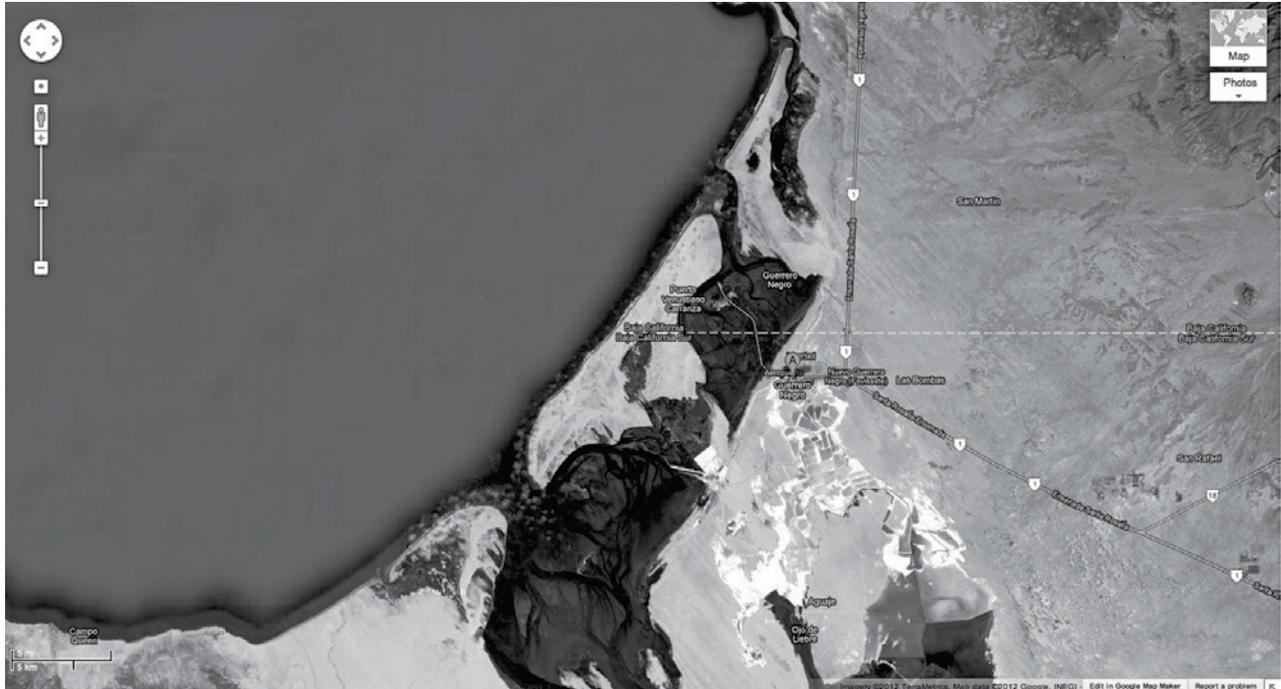
Con el tiempo Gabriel y yo fuimos teniendo claro que nos quedaba un pendiente que nos haría regresar a ese lugar para realizar lo que después llamaríamos “una especie de arqueología de la basura” –aunque el actual curador de la Sala Maya

del Museo Nacional de Antropología, Daniel Juárez, nos corregiría al señalar que toda arqueología es de basura–. El botín de nuestra expedición y nueva aventura, a la que se sumó el maestro restaurador Manuel Serrano, sirvió de base para la exposición *Asterism* que Gabriel presentó a partir de junio y durante tres meses en el Museo Guggenheim de Berlín, Alemania.

Gracias a ello, en febrero de 2012 estuvimos de vuelta. Unas semanas después de nuestro regreso nos dimos cuenta de lo atinada que había sido una advertencia del biólogo Ramón Álvarez, nuestro encargado de logística, cuando al platicarle el proyecto que traíamos entre manos nos dijo:

—Pues qué bueno que lo harán este año y no el siguiente, porque para entonces se espera que llegue la mancha de objetos provenientes del tsunami en Fukushima y vendrán cargados de radiación nuclear...

Durante una semana de trabajo como pepenadores profesionales encontramos objetos procedentes de Kamchatka (Rusia), China, India, Corea, Japón, Francia, España, Inglaterra, Escocia, Estados Unidos, Canadá, Alaska y México, entre otros. Los objetos ya reunidos llamaron profundamente nuestra atención pues evidenciaron la existencia de una “era del vidrio”: en su mayoría eran focos o luminarias de uso doméstico, industrial o para la navegación marítima, bulbos –de seguro empleados en equipos de comunicación– frascos y botellas cuyo origen es muy diverso –algunos con más de 200 y hasta posiblemente 300 años de antigüedad–, como una boya de vidrio soplado con es-



Isla Arena **Imagen satelital** Google Maps

trías; es decir, objetos cristalinos y frágiles que estaban ahí, intactos o con desgastes mínimos.

Quizá el aprendizaje más importante que nos dio la expedición consistió en darnos cuenta de *la enorme fragilidad de lo que permanece* en esas circunstancias. También encontramos armas o partes de armas como propulsores de misiles, hermosas maderas talladas por el viento que formaron partes de barcos, o muelles o casas, escobas japonesas y muchísimos otros objetos, incluyendo rollos de papel de baño.

Semanas después, el 13 de marzo, Gabriel me reenvió un correo en el que reproducía una nota aparecida en el periódico *The New York Times*, en su edición digital, con el título “On West Coast, Looking for Flotsam of a Disaster”, algo así como “Buscando los restos flotantes de un desastre en la costa Oeste”, por Malia Wollan. El fondo del artículo describe cómo Japón, Estados Unidos y Rusia han utilizado la más alta tecnología de los satélites de inteligencia de la NOAA para detectar el movimiento de miles de toneladas de restos flotantes que ya se dispersaron y de los cuales tenían calculados sus movimientos y sus tiempos de traslado mediante modelos matemáticos, pero que en la realidad, al seguir los vientos y las corrientes marítimas, que resultan más impredecibles, comenzaron a aparecer en las costas de Alaska, Canadá, Estados Unidos y al final en las de México antes de lo que tenían previsto.

Su preocupación, entonces, es una causa suficiente para alertarnos a todos, pues se sabe, en efecto, que al parecer están altamente contaminados y que viajan por la ruta uti-

lizada por el mayor número de cetáceos y otros mamíferos, así como un sinfín de organismos vivos en la costa del Pacífico desde Alaska y hasta el sur de México. Según datos de la Agencia Internacional de Energía Atómica, 80% de las centrales nucleares del mundo tienen más de 20 años y representan un “peligro de seguridad”.²

Esto no es sino uno más de los anuncios de la crisis social, ambiental, económica, ¿civilizatoria?, ¿humana?, con la que nuestros hijos y nietos deberán enfrentarse. Así entonces, los pedazos de espejos y los museos son como organismos susceptibles de ser apropiados por la sociedad para educar, concientizar, alertar, organizarse y encontrar soluciones a estos y muchos otros temas, algunos muy complejos. En ese sentido, permítaseme expresar la siguiente idea: además de que los museos contribuyan a la formación de ciudadanos críticos, éstos pueden ser o convertirse en una especie de nodo en red que exprese el sentir de la gente y no sólo de los gobiernos y los especialistas. En este caso, entonces, *la diversidad de objetos desperdiciados puede ser la base que permita una toma de conciencia*. ✚

* Museógrafo e historiador, Museográfica S.C.

Notas

¹ Versión modificada de la conferencia magistral presentada en el Encuentro REMIX, efectuado en la ciudad de Oaxaca en marzo de 2012.

² Véase la nota de *La Jornada*, sección Mundo, p. 34, del 14 de marzo de 2012.